

**HENRI BERGSON**  
**LA FILOSOFÍA COMO AUTO CONCIENCIA**  
**DEL IMPULSO VITAL**

---

Jorge Enrique Linares

Henri Bergson nació en París en 1859 en una familia judía. Estudió filosofía en la École Normale Supérieure e inició su carrera como profesor de enseñanza media en varios Liceos: Angers, el Liceo Blaise Pascal de Clermont-Ferrand y París. En 1889 obtuvo el doctorado en filosofía con su tesis: La idea del lugar en Aristóteles; y en ese mismo año publicó el Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia, primera obra con la que obtuvo gran reconocimiento. Tras la publicación de su segunda gran obra, Materia y memoria (*Matière et mémoire*), en 1896, y La risa (*Le rire*), en 1899, obtuvo una cátedra en el Collège de France, donde sus conferencias alcanzaron gran prestigio. En 1907 apareció su tercera gran obra: La evolución creadora (*L'évolution créatrice*). En 1914 ingresó como miembro de la Academia francesa y, en 1928, recibió el premio Nobel de literatura. Entre otras de sus obras importantes se encuentran Introducción a la metafísica (1907), Duración y simultaneidad (1922) y La energía espiritual (1919). Su última obra, Las dos fuentes de la moral y de la religión (*Les deux sources de la morale et de la religion*), apareció en 1932. Aunque en los últimos años de su vida se había convertido al cristianismo, no quiso revelar su conversión en los momentos en que el pueblo judío era perseguido por el nazismo. Murió en París, al año siguiente a la ocupación de los nazis. La filosofía bergsoniana constituye una contrapropuesta al positivismo cientificista dominante en la época, y busca reconstruir

el método filosófico para comprender el fenómeno de la vida en general, y de la existencia humana en particular. Así, el ethos del filósofo consiste en la meditación de lo más propio del hombre: el espíritu, y no en la representación intelectual de la materia y del movimiento físico.

Bergson había sido atraído por el evolucionismo positivista (Spencer), pero después se convirtió en el principal teórico de un renovado vitalismo que comprendía en la evolución de la vida el desarrollo mismo del espíritu. Los conceptos de evolución, desarrollo y despliegue dominan su filosofía: la realidad es, pues, *duración* [*durée*], movilidad, devenir. No existen cosas hechas, sino cosas que devienen, ni estados fijos, sino "estados" que cambian, pura sucesión; el reposo es siempre relativo. El ser es devenir, tendencia a un cambio de dirección en estado naciente. Pero la inteligencia humana, en la que se basan las ciencias y la tecnología modernas, tiende naturalmente a concebir estados, *cosas* y *sustancias*; tiende a fijar el movimiento y a simbolizarlo con conceptos estáticos. Bergson plantea que existe otra forma de conocimiento que se basa en la *intuición* y no en la *inteligencia* conceptual y simbólica. Esta forma de conocimiento intuitivo es propiamente filosófica. Así pues, la tarea propia de la intuición filosófica es la captación, sin mediación conceptual, de la *duración* real de las cosas, del mundo y de la vida. Por ello, Bergson afirma que la intuición filosófica "simpatiza" con la realidad, más que conceptualizarla; la intuición conoce mediante diferenciaciones e integraciones cualitativas y progresivas, pues su finalidad es captar la vida en movimiento y alcanzar así una concepción más íntegra de la realidad.

En *La evolución creadora* (1907) se estudia el fenómeno del *élan vital* [impulso vital] desde el punto de vista del movimiento y la evolución, y sostiene, a partir de esa tesis básica, que existe una continuidad esencial en dicho impulso que se despliega de la materia a la vida, de la vida vegetal a la animal, y de la vida animal al estado más desarrollado de la evolución: la conciencia humana.

En el hombre, la conciencia es, sobre todo, inteligencia. Parece ser que hubiera podido o hubiera debido ser intuición. Intuición e inteligencia representan dos direcciones opuestas del trabajo consciente; la intuición marcha en el mismo sentido de la vida; la inteligencia va en sentido inverso, y así se halla ajustada de un modo enteramente natural al movimiento de la materia. Una humanidad completa y perfecta sería aquella en la que esas dos formas de la actividad consciente alcanzasen su pleno desarrollo. [...] De hecho, en la humanidad de que formamos parte, la intuición se ha sacrificado casi por completo a la inteligencia. Parece como si al conquistar la materia y conquistarse a sí misma, hubiera agotado la conciencia lo mejor de su fuerza. [...] Sin embargo, también está presente la intuición, aunque vaga y, sobre todo, discontinua. [...] Mas se reanima allí donde está en juego un interés vital. Sobre nuestra personalidad, sobre nuestra libertad, sobre el lugar que en el conjunto de la naturaleza ocupamos, sobre nuestro origen y quizá también sobre nuestro destino, proyecta una luz vacilante y débil, pero que no por eso deja de penetrar en la oscuridad de la noche en la que la inteligencia nos deja.

De esas intuiciones evanescentes [...] se ha de apoderar la filosofía, primero para sostenerlas, y luego para dilatarlas y conciliarlas entre sí. Cuanto más avanza en ese trabajo, más se da cuenta de que la intuición es el espíritu mismo y, en cierto sentido, la vida misma. [...] Así aparece la unidad de la vida mental. Sólo se la reconoce situándose en la intuición, para ir de ella a la inteligencia, pues de la inteligencia jamás se pasará a la intuición.

La filosofía nos introduce así en la vida espiritual. [...] La vida entera, desde el impulso inicial que la lanzó al mundo, se le aparecerá como una ola que asciende y que se opone al movimiento descendente de la materia.

En fin, la conciencia es, esencialmente, libre; es la libertad misma; pero no puede atravesar la materia sin posarse sobre ella, sin adaptarse a ella. Y esa adaptación es lo que se llama intelectualidad; y la inteligencia, al volverse hacia la conciencia que actúa [...], le hace entrar en los marcos en los que tiene costumbre de

ver insertarse la materia. Por lo tanto, siempre percibirá la libertad en forma de necesidad; siempre descuidará la parte de novedad o de creación inherente al acto libre, y siempre sustituirá la acción libre por una imitación artificial, aproximada, obtenida uniendo lo antiguo con lo antiguo y lo idéntico con lo idéntico. Así, para una filosofía que se esfuerza por resolver la inteligencia en intuición, se desvanecen o se atenúan muchas dificultades. Y semejante doctrina no sólo facilita la especulación. También nos da más fuerza para actuar y para vivir. Pues con ella no nos sentimos aislados en la humanidad ni la humanidad nos parece tampoco ya aislada en la naturaleza a la que domina. [...] Todos los seres organizados, desde el más humilde al más elevado, desde los primeros orígenes de la vida hasta el tiempo en que estamos, y en todos los lugares de igual modo que en todos los tiempos, no hacen más que volver visible a nuestros ojos un impulso único, inverso al movimiento de la materia y en sí mismo indivisible. Todos los vivientes están en él, y todos ceden a ese mismo impulso formidable. El animal se apoya en la planta, el hombre cabalga sobre la animalidad, y la humanidad entera en el espacio y en el tiempo, es un inmenso ejército que galopa al lado de cada uno de nosotros {... en una carga arrolladora, capaz de derribar todas las resistencias de franquear muchos obstáculos, quizá incluso la muerte.

BERGSON, HENRI, *La evolución creadora*, Espasa-Calpe, Madrid, 1983. P. 236-239.

Para la filosofía bergsoniana el carácter propio del pensador tiene una finalidad intrínseca: el despliegue de la conciencia. Así pues, la filosofía debe comprenderse como el más elevado nivel de desarrollo de la conciencia humana y, por tanto, como la manifestación del grado más complejo de la evolución natural. Ahora bien, el fin ético del filosofar es el ascenso a una escala más en el proceso evolutivo de la conciencia, en el punto culminante en que la vida se hace autoconsciente por medio del pensamiento humano.

Pero la humanidad no ha cobrado conciencia plena de ello. Nuestra especie ha dominado la naturaleza material mediante el desarrollo de la inteligencia, que es la capacidad de fabricar instrumentos artificiales y de modificar el entorno. Pero esta misma inteligencia, orientada hacia la acción pragmática en vistas de la supervivencia, se ha convertido en un obstáculo para el ascenso de la vida consciente hacia un estadio superior: el de la intuición y la conciencia del impulso vital.

Bergson defiende la idea de una filosofía que desarrolle la intuición como medio de conocimiento del despliegue del impulso vital. De este modo, la filosofía puede captar el impulso vital que late en cada conciencia y en cada ser vivo, más allá de las representaciones intelectuales propias de las ciencias. La intuición del impulso vital, en la que se asienta el *ethos* del filósofo, no analiza el fenómeno de la vida en conceptos simbólicos; es decir, no detiene el movimiento evolutivo para analizarlo y para producir una representación intelectual estática. El *ethos* filosófico implica, además, que la modalidad particular de razón intuitiva suspenda la intención pragmática, connatural a la inteligencia (técnica y científica), que sólo busca el conocimiento para manipular y usar la naturaleza.

Una característica fundamental del *ethos* de la filosofía es, pues, la suspensión de la intencionalidad pragmática. La filosofía no se propone manipular para sacar provecho ni reducir a razón los fenómenos de la vida o de la naturaleza. La filosofía pretende, en cambio, penetrar en el interior de la vida misma para contemplar su propia evolución. Esto acontece desde la introspección en nuestra vida consciente, la cual es necesaria para "simpatizar" por un esfuerzo de intuición con ese movimiento de despliegue constante. El *ethos* filosófico se cumple, entonces, como autoconciencia intuitiva de la vida.

Por último, la filosofía intuitiva confiere al hombre la posibilidad de reinterpretar su puesto en el curso de la evolución: el

hombre redescubre su pertenencia al impulso universal de la vida, que es un impulso hacia la conciencia plena. El hombre se sabe, así, en el punto más privilegiado de la evolución: la conciencia filosófica es la autoconciencia de la vida.

### Bibliografía sugerida

- BERGSON, HENRI *sur le données immédiates de la conscience*, Presses Universitaires de France (PUF), Paris, 1981. (*Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, Sígueme, Salamanca, 1999).
- , *Matière et memoire*, PUF, Paris, 1999.
- , *L'évolution créatrice*, PUF, París, 1985. (*La evolución creadora*, Espasa-Calpe, Madrid, 1985).
- , *L'énergie spirituelle*, PUF, Paris, 1999. (*La energía espiritual*, Espasa-Calpe, Madrid, 1982).
- , *La pensée et le mouvant*, PUF, París, 1999. (*El pensamiento y lo moviente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1976).
- , *Les deux sources de la morale et de la religion*, PUF, Paris, 1997. (*Las dos fuentes de la moral y de la religión*, Tecnos, Madrid, 1996).
- CHACÓN, PEDRO, *Bergson*, Cincel, Madrid, 1988.
- DELEUZE, GILLES, *El bergsonismo*, Cátedra, Madrid, 1987.
- XIRAU, JOAQUÍN, "Ensayos sobre Bergson" en *Obras completas*, tomo III, vol. 2, Anthropos, Barcelona, 2000.
- XIRAU, RAMÓN, *El péndulo y la espiral*, Universidad Veracruzana, Jalapa, 1959.